

Andrés Amador Bolívar

La vi a los ojos y desperté. Eran las tres y catorce de la mañana cuando levanté la cabeza para ver el reloj digital de la caja del satélite. No recordé qué día era, pero la madrugada era fría, silenciosa. Tenía una sensación extraña en las piernas. Un cosquilleo que iba y venía como vaivén de hormigas que van al hormiguero. Moví los dedos de los pies, los dedos de las manos y me volví a acomodar al lado derecho de la cama. Cerré levemente los ojos. Recordé de quién eran los ojos que había visto en el sueño. Ahora llegaban unidos a una cara, una sonrisa, unos gestos, un cuello y un cuerpo de niña de dieciséis años. Todo llegaba como esas fotos que se bajan con una computadora obsoleta, de arriba hacia abajo, con colores tenues. Traté de cubrir mi cabeza pero sus labios ahora bajaban a mi cintura de niño de diecisiete y urgían con lento desespero. Oí un susurro muy suave que llevaba las eses montadas y las eles por erres. Apreté más los ojos pero no entendí nada. Volví a mover las piernas, a patear las sábanas. Me dejé llevar por el largo silbido de la calefacción. Todo quedó en silencio y la vi allí sentada muy alegre con un libro de biología entre las piernas. Sus dedos traían y llevaban el mismo lápiz sin punta. Lo hacían bailar con ritmo entre el índice y el anular mientras que con la otra mano se quitaba los crespos de la cara.

Alguien tosió. Alcé la mirada al techo de sombras grises que se movían como polillas que, ciegas por la luz, aleteaban sin parar. Hacía viento y eran las tres y veintiséis de la tarde. Ella seguía sin abrir el libro. Yo dos puestos más atrás trataba de seguir la lección. Faltarían unos minutos para levantarnos y salir. Ella me miraría y con sus ojos me diría donde nos tendríamos que encontrar. Me levanté de mi asiento y cerré mi libro con fuerza como quien quiere matar una mosca. Ella no me miró, pero sentí cuando puso el lápiz sobre el escritorio. Supe que tendría que caminar rápidamente hasta el parquecito.

No logré verla sentada en la banca frente al restaurante donde nunca nos atrevimos a entrar. Asomé la vista nuevamente y vi en azul que eran las tres y cuarenta y cuatro. Supe que no dormiría más. Nos quedábamos allí en una de las bancas del parque a hablar y después a buscar en nuestros bolsillos granos de sal y de azúcar. Sabíamos que desde una de las sillas rojas del pequeño restaurante, la dueña nos veía y esperaba mientras doblaba las servilletas o fritaba las empanadas. Éramos dos niños, ella un poco precoz. Yo dispuesto a dejar volar mis hormonas aunque la dueña llamara al 911. Nunca lo hizo. Tal vez disfrutaba de nuestro show, o evitaba que le llegara al changarro una

patrulla de la policía. Yo tomaba aire y su mano huesuda y fría ardía dentro de mi pantalón Lee. Yo imaginaba a la señora con sus brazos extendidos amansando la masa para las empanadas y en ese vaivén de manos me entraba un hambre tremenda. Ella terminaba agitada, la señora bajaba la mirada y yo con disimulo subía la cremallera de mi jean. Todo quedaba allí, un bye, un chao. Ella caminaba siete cuadras al edificio de apartamentos donde vivía. Yo corría las veinte a mi sótano. Pasaba la llave y sabía que nadie me estaría esperando. Sacaba la masarepa, le agregaba un vaso de agua tibia, un huevo, una pizca de sal y amasaba también. Para las cuatro y cincuenta ya me había comido seis arepas y me había tomado un litro y medio de Coca Cola.

El cosquilleo no se había ido. Trataba de recordar qué había hecho durante el día para tener esa sensación de desasosiego. El frío me hizo estornudar varias veces seguidas y alguien tosió. Me hundí entre las sábanas y coloqué una almohada entre mis piernas. Eran las cinco y media cuando volví a ver el reloj. Había soñado con su apartamento de dos cuartos y olor a adobo Goya. Estábamos solos. Lentamente nos desvestíamos mientras nos mordíamos los labios. Veía mi reflejo en un espejo que estaba en la parte posterior del espaldar de la cama y no me reconocía. Era un muchacho alto, flaco, de espaldas anchas, con parches rojos en la cara, drogado por las ganas. Ella era delgada, proporcionada, muy suave con los pies planos y chatos. Su pelo rizo le cubría los ojos y no le importaba. Se dejaba llevar por mis dedos torpes. Estos trazaban círculos en su ombligo. Subían lentos entre sus senos hasta llegar a sus dientes y en lapsos como cabalgatas en un día festivo marchaban hasta llegar al río. Ella mordía el lóbulo de mi oreja y buscaba mi pene con ansiedad. Lo acercaba a su vientre y me decía *dentra con mucho cuidado como si en mundo se fuera romper*.

Nos conocimos en una clase de biología. Nadie nos presentó. Ella estaba sentada en la primera fila de escritorios, no por inteligente, ni por aplicada, sino por estar más cerca de la puerta. Yo me sentaba en la mitad

del salón por la costumbre que traía de mis años de bachillerato en Bogotá. Era enero e iba a ser el comienzo de mi año escolar. En noviembre había aterrizado en el John F. Kennedy y dos semanas después me habían sentenciado a la infame *High School*. Me pasé dos meses en ir y venir entre clases y estudiantes que hablaban una mezcla de lenguas. Ella había llegado seis meses antes y ya se podía mover bien en el laberinto de la escuela. Se comunicaba en algo que yo creía que era inglés con otros estudiantes, pero que resultó ser un dialecto caribeño con un *slang* propio de los hispanos de Queens. Nos mirábamos de vez en cuando en clase. Ella me sonreía y yo la miraba hasta que un día hablamos.

Caminábamos mucho. Siempre terminábamos en el pequeño parque frente al restaurante colombiano. La escuchaba en silencio hablar de su niñez, de los árboles de mango, de las calles llenas de polvo de su barrio y de su mamá que no podía viajar porque estaba loca y tenía que cuidar a seis medio hermanos. Un día no supo que más decirme y nos besamos.

La primera vez que entré a su apartamento sentí que el pasillo estaba saturado de un aire raro como atascado en las paredes. Ella abrió con su llave y me aseguró que nadie vendría. Me llevó de la mano corriendo por todos lados y parados frente al cuarto, que compartía con su hermano. Me dijo que allí no pasaría nada.



No resistiría el sentimiento de culpa de saber que su hermano dormiría ahí. Nos sentamos a la orilla de la cama de su papá. El cuarto tenía una pequeña ventana donde entraba tenue la claridad de un día de primavera. Sin afán nos quitamos la ropa besándonos. Yo no podía dejar de pensar que en cualquier momento se aparecería José, su padre, después de un día largo de manejar su taxi y que me rompería la cabeza con la cruceta del carro. Ella, despreocupada, se perdía con su lengua en mi cuello y bajaba su oreja a mi pene erguido, como queriendo escuchar algo. Sabía que su padre no llegaría hasta la noche y que su madrastra estaría trabajando y después recogería al niño de la guardería. Por segundos, levantaba la cara y veía mi reflejo frente al espejo, veía a alguien que no era yo. Alguien que se estaba perdiendo en el aire comprimido del edificio, en el aire de un cuerpo perfecto de una niña de dieciséis años. Estaba encima de ella mordándole los muslos, tocándole las nalgas queriendo ir y queriendo llegar. Hasta que de pronto ella saltó de la cama. Me tiró su camiseta en la cara y me dijo que me vistiera que su padre vendría en cualquier momento. La vi levantarse desnuda mientras yo me vestía a toda prisa. Corrió a colocarse unos shorts y una camisilla ombliguera que le dejaba ver sus senos firmes, llenos, de adolescente, todavía moldeados por mis labios. No nos dijimos nada y ella se quedó así, en la cocina, pelando lo que yo creí era una papa. Vi también una diminuta cucaracha que pasaba cerca de su pie izquierdo.

Salí a la calle y respiré como quien toma aire para inflar un globo. Corrí, caminé, troté las veinte y tantas cuadras que hay entre su apartamento de dos cuartos en Woodside y mi sótano de uno solo, en Jackson Heights. Abrí la puerta. Sabía que nadie me estaría esperando. Levanté la tapa de la olla del arroz y descubrí que seguía intacto, muy blanco. Tomé un plato; esparcí el arroz y le puse un poco de salsa y tres trozos del pollo que mi mamá cocinaba a las cinco de la mañana. Me senté a comer en la penumbra de la pequeña sala. Después me bañé y esperé a que ella llegara de su turno de 10 horas. Mi padre vendría más tarde. Nadie diría nada.

Di una vuelta en la cama hacia la derecha y una vuelta hacia la izquierda. Ahora hacía calor y el aire estaba saturado y pesado. Ya amanecía y los tubos de la calefacción daban tumbos. Me cubrí de la cintura hacia abajo con las sábanas. Coloqué mis manos en cruz y di una última vuelta. Ella ya no me miraba. Estábamos nuevamente en su apartamento frente a frente, sentados en la sala escuchando al grupo Niche “...una aventura es más bonita si no vemos el tiempo en el reloj. Una aventura es más bonita cuando escapamos solos tú y yo..... Reventamos, estamos que reventamos cada vez que de frente nos miramos... y en un minuto entregarlo todo.....”. Ella tenía la mirada perdida y yo escuchaba la música como recordando cuándo había bailado esa canción en Colombia. Se acercó a mí, me besó los ojos y me quitó la misma camiseta blanca. Yo la abracé y lentamente bajé los brazos. Busqué el botón de su jean y lo desabroché. Mi mano derecha se perdió en el fondo

húmedo y la izquierda con fuerza tomó el borde de su pantalón. La seguí a la bañera y allí sus crespos se perdieron. Gotas de agua se suspendieron en sus pestañas. Gotas de agua se metían en nuestras bocas y nos hacían reír. No nos secamos. Corrimos hacia el cuarto oscuro de su padre con el espejo reflejando dos niños revolcándose en lodo. Mojados todavía ella acercó su boca a mi oído y me dijo que se quería casar. Yo abrí sus piernas con mis rodillas. Le busqué el vientre con la yema de mis dedos. Viajaban en olas, en tumbos como una bola de nieve que crece y crece hasta que me dijo nuevamente que si nos casáramos alquilaríamos un cuarto y buscaríamos una vida para los dos. Me mordió suavemente el hombro izquierdo. Yo la besé, la penetré en silencio, en un mismo vaivén de brazos y cuerpos nuevos. Allí me quedé mientras ella me repetía infinitas veces que haríamos una vida los dos, una vida sin su padre, sin su madrastra. Trepaba sus muslos en mi cintura mientras sus dedos mordían como garras mi espalda. Me susurraba que llevaríamos a su hermano a caminar con nosotros los domingos. No paraba de decir: una vida juntos, un sofá para los dos, una bañera. De momento me sentí muy solo entre sus piernas. Tenía calor. Me levanté. La besé en los labios y me di cuenta que seguía siendo un niño que pateaba muy fuerte el balón; que había dejado amigos de la niñez y que a veces lloraba a solas acurrucado en la parte más oscura de su sala recordando una calle o la sonrisa de alguna muchacha. No era un hombre aun y esa tristeza que lo invadía todo tenía que ver con el hecho de haber transformado su vida de adolescente y la mía con muslos, piernas, dedos, orejas, lenguas, manos huesudas, ojos y vientres húmedos.

Había amanecido y cerré nuevamente los ojos y ahora no soñaba. Recordaba el día que me había dicho muy seriamente que quería hablar conmigo. Ya no se reía y ya no me esperaba al final de la clase de biología. Ese día tenía unos aretes en aro de plata muy grandes, un

jean blanco apretado que le marcaba la figura y una camisilla de algodón a rayas. Llevaba el pelo recogido y en sus brazos el mismo libro de biología que nunca abría, abrazado como un muñeco de peluche. Me pareció que había crecido, que sus caderas se habían extendido, que sus senos curiosos me llamaban. Su voz de niña tenía otro tono. Yo seguía vistiendo mis camisetas blancas ya opacas, mis zapatillas Nike peladas por el tiempo y el juego. Ya iba a otro parque y seguía marcando goles. Corría sin afán. Mis amigos jugaban lentos como zombis, intoxicados por algún humo dulzón. Yo estaba intoxicado de libertad. No la necesitaba.

Me miró a los ojos y sentí ganas de acercarme a



Andrés Amador Bolívar es colombiano. Vive en Estados Unidos desde 1991. Es profesor en el Borough of Manhattan Community College (CUNY) y es estudiante de doctorado en Literatura Hispánica en el Graduate Center de Nueva York.

su corazón y de oler tiernamente su pelo. Sentí deseos de perderme como antes en la cama de su padre y que me dijera que se quería casar conmigo. Iba a cumplir diecisiete años y ya trabajaba como cajera en un supermercado. A veces la acompañaba en silencio hasta el *Key Food* y allí nos decíamos adiós. Yo no tenía



nada que hacer y me montaba en el tren 7 hasta el parque Flushing. Ese día me dijo que no trabajaría y que podríamos hablar con calma. Quiso que fuéramos al restaurante colombiano a tomar algo. Yo nunca tenía un peso encima y le dije que no. Me dio un beso en la mejilla. Era la primera vez que lo hacía; casi con ternura dejó sus labios en mi cara y me dijo: - *Estoy embarazada*. No supe qué decir y la dejé allí sola y corrí, corrí hasta hoy.

Cerré los ojos. Apareció ella arrastrando unos aretes gigantes de lata, buscándome en otra ciudad de tejados de barro. Ya no éramos adolescentes. Hacía sol y mucho calor. El cielo era de un azul intenso sin nubes. Me seguía a cierta distancia con una foto en su mano. Me cantaba mímicamente la misma canción de Niche "*Reventamos. Estamos que reventamos cada vez que de frente nos miramos*". Yo no quería escuchar. La foto cayó de sus manos junto a mis pies. Ella desapareció. En la foto había una niña con mis ojos y mis labios, con su color de tez y sus rizos, en el fondo el edificio de Empire State. Al dorso detrás decía *recuerdo de mis quince*. Seguí con la sensación extraña en mis piernas. Un cosquilleo que iba y venía como vaivén de hormigas del infierno.

EL PEZ DE RAMÓN

Kianny N. Antigua

Lo vi por primera vez en una visita que le hice a su mamá. Ramón me tomó del brazo, me llevó a su cuarto y con gran entusiasmo, me paró frente a su gran pecera.

-¡Es un Arapaima y crece hasta más de cinco metros! -me dijo. Yo no le vi nada de especial. No era como los demás peces de colores que tenía en pequeñas peceras por toda la habitación. Me pareció un pez sin gracia alguna: gris, largo y bocón. Pero, contagiada por su algarabía, saqué mi celular y calculé cuánto son cinco metros en pies.

-¡Dieciséis pies! Son como tres personas como yo, -le dije con voz alarmada. El río y continuó su presentación:

-Es el pez de agua dulce más grande que existe, vive en el Amazonas y puede respirar como los seres humanos. ¡Es un pez prehistórico! -me explicó.

Yo, con los ojos de luna e impresionada hasta los tuétanos, le hice todas las preguntas que en el momento acudieron a mi mente: ¿Cómo lo conseguiste? ¿Cuánto te costó? ¿Es legal? ¿Qué come? ¿A cuántos se come? ¿Cuántas veces al día? ¿Qué edad tiene? ¿Qué va a pasar cuando crezca?

-Lo compré por ciento cincuenta dólares -me respondió, ufano-. Creo que no es ilegal tenerlo de mascota. Come hasta veinticinco peces al día, que cuestan unos cinco dólares. Debe tener

cerca de dos meses. Voy a comprar una pecera más grande, o tal vez decida venderlo. En dos años y dependiendo del tamaño, puede llegar a valer hasta dos mil dólares.

En ese momento su mamá entró en la habitación y lo interrumpió para añadir que cinco dólares diarios por dos años era más dinero perdido de lo que él pensaba sacar de ese animal; sin tomar en cuenta que conforme el pez fuera creciendo, comería más. Ramón no se volteó a mirarla. Ella me llamó y me dio el recado que debía llevarle a mi abuela. Ya salía cuando Ramón, casi gritando, me dijo que su Arapaima podía llegar a pesar hasta trescientos kilos.

Sonreí y le dije adiós. Luego, mientras bajaba las escaleras, me detuve a calcular cuánto son trescientos kilos en libras. "¡Pero ese animal se come a una persona entera y se queda con hambre!" pensé, alarmada.

Unos meses después, en el autobús, me encontré con Ramón. Me lo topé de frente y no lo reconocí. Si no fuera porque él me saludó y me recordó su nombre, hubiese seguido pensando que era un tecato cualquiera. Tenía abundante barba y se veía muy consumido y descuidado. Sin embargo, se notaba tranquilo. Me dijo que ya le había comprado una pecera de mayor tamaño a su Arapaima. Traté de imaginarme cuán grande podía ser. La pecera anterior ya era bastante

grande. Le pregunté si aún tenía sus otros peces pero ya no le dio tiempo a responderme y, si lo hizo, no lo escuché.

Ya en casa, le comenté a mi abuela lo desaliñado y estrafalario que había encontrado a Ramón, y ella me dijo que era, quizás, porque su mamá estaba muy enferma. La señora llevaba semanas sin poder caminar por una afección en la espalda. -Ramón tiene hasta que bañarla-, comentó.

Me sentí tan mal que decidí visitarlos y darles la mano en lo que pudiera. Sólo podía imaginarme lo difícil que debía ser para él llevar el control de su casa. A pesar de que somos de la misma edad, Ramón no es muy astuto. Su mamá parece su abuela y siempre lo anda mangoneando. Nunca ha trabajado y nunca le he conocido una novia, ni he escuchado rumores de un novio. No sé, es raro el pobrecito de Ramón. De todos modos era, qué sé yo, mi amigo y no podía dejarlo solo en estas circunstancias. Hice planes para ir a su casa en mi próximo día libre.

Al llegar, encontré su casa hecha una pocilga acuática. ¡Qué asco! En la sala y el comedor ya no cabían las peceras; sobre la mesa había siete, cada una con un día de la semana escrito en el cristal, llenas hasta la madre de peces de un color distinto al anterior. Ramón leyó en mis ojos mi asombro y me dijo que le gustaba variarle el postre a su Arapaima.

Entré al cuarto de su mamá y traté de organizárselo lo mejor posible. La señora lucía tan demacrada como su hijo. Le prometí que volvería y salí rápidamente de allí.

Al ver que me dirigía a la puerta, Ramón me agarró por los hombros y me guió hasta su cuarto.

-No puedes irte sin verlo -dijo sonriendo.

¡Oh no! La pecera era gigantesca. Casi salgo corriendo del espanto. El pez estaba más grande que yo. ¡Qué horror! Me dio la impresión de que me tragaría. Quise huir. Ramón me detuvo y me prometió que no me haría daño. Entonces ganó mi curiosidad. Asoné la cabeza para echarle un vistazo al resto de la habitación; había cambiado su cama King por un colchón inflable y todas sus cosas: ropa, televisor, antigua pecera grande, estaban arrinconados a un lado del cuarto. Luego de unos segundos, la sensación de que esa cosa me estaba mirando fue mayor que mi intriga. Salí de allí sin intenciones de regresar.

-¿Supiste?- comentó mi abuela unos meses después-.

Se murió doña Marina.

-¿Qué doña Marina?

-Mary, la mamá de tu amigo Ramón. Falleció la semana pasada y le están haciendo los nueve días.

Al oír la noticia creo que me alegré por la señora y le pedí a Dios que le diera descanso a su alma. Esa noche y por tres noches más mi abuela, yo y otras tres mujeres del barrio nos reunimos, como pudimos, en casa de Ramón. Las peceras seguían en su lugar, dispuestas por todos lados, y, aunque lo recomendamos él no quiso que nadie le ayudara a recoger y mucho menos que guardáramos nada en el cuarto de la difunta.

-Lo estoy renovando -se limitó a decir.

Bajo su silencio se vislumbraba una profunda tristeza. Me quedé sentada a su lado todo el tiempo, pero sólo la última noche me dirigió la palabra.

-Si lo vieras ahora -me susurró-, no lo creerías. Lo miré confusa y continuó:

-Está más grande de lo que pensábamos. Estoy derrumbando la pared que divide el cuarto de mamá del mío para que tenga más espacio.

-Estás loco -le dije. Vende ese animal y sal de este basurero.

Entonces Ramón me miró fijamente y su



Kianny N. Antigua nació en la República Dominicana, en 1979. Ha publicado dos libros de cuentos: *El expreso* (2004), y *9 Iris y otros malditos cuentos* (2010). Varios de sus cuentos han sido premiados y seleccionados para formar parte de antologías. En la actualidad, es estudiante de doctorado en CUNY.

tristeza fue todavía más profunda.

-Pensé que tú me entendías.

-¿Entender qué, Ramón? Tu mamá se acaba de morir; tú no tienes trabajo, ¿cómo vas a conseguir dinero? ¿Cómo vas a vivir? ¿Cómo vas a mantener a ese monstruo que tienes en la habitación?

-¡Sal de mi casa! ¡Váyanse todos de mi casa!

Ramón comenzó a gritar y a golpear a todo el que se le acercaba. Ya fuera de su vista, algunas dijeron que la reacción del pobre Ramón era normal; otras, que se había vuelto loco de tristeza y soledad, pero todas me culparon por indiscreta y mala amiga.

Me sentí tan mal que deseé que su Arapaima me tragara. Me lo merecía. Todos tenían razón. ¿Quién era yo para juzgar a Ramón? ¿Quién era yo para decirle cómo vivir? Ni siquiera era su amiga. Ni siquiera supe entenderlo ni consolarlo.

Mi abuela se dio cuenta de lo triste que me había puesto y me aconsejó que le diera algunos días a Ramón para que se calmara y que luego fuera a pedirle perdón. Le dije que eso haría, pero la conciencia no me dejaba ni ser, ni estar.

Al siguiente día fui a su casa pero él no estaba. Lo llamé; lo esperé por algunos minutos y nada. El próximo día, igual. Pegaba el oído a la puerta y en ocasiones juraría haber oído un ruido adentro; luego pensaba que era su Arapaima nadando en su cuarto o devorando algún pez. La imagen me aturdí. Volví a mi casa. Pasaron dos semanas hasta que ya no pude más y comencé a tocar todas las puertas de los apartamentos del edificio buscando respuesta. Preguntaba si alguien lo había visto o sentido. Su teléfono ya no sonaba. La única información que recibí fue de la vecina del apartamento dos pisos debajo del suyo (el de abajo estaba vacío). Ella se quejaba de las goteras que desde hacía unos días no cesaban de caer, al principio en su habitación y luego en el resto del apartamento. Según ella, le había dado la queja al conserje del edificio pero éste hacía la vista gorda. Me alarmé aún más y, de su casa, llamamos a la policía.

Cuando llegaron, le dije al agente que yo era novia de Ramón, que nos habíamos peleado y que no sabía nada de él desde hacía dos semanas. El conserje, finalmente, tomó cartas en el asunto y, gracias a él, entramos al apartamento.

Al instante, la náusea nos asaltó. El conserje no aguantó el olor a cadáver. Antes de que los policías pudieran impedírmelo, corrí a la habitación de Ramón pero no pude abrir la puerta. Se hallaba clausurada con tablas y clavos. Entonces traté de abrir la puerta de la habitación de su madre y fue igual. O peor, porque además de las tablas, Ramón la había asegurado con una mesita y un par de sillas escalonadas. Mientras tanto los uniformados observaban, con aberración, las peceras llenas de agua sucia y peces muertos; en la cocina, esqueletos de espinas bullentes de moscas. Más peceras, más sangre, más repugnancia, más hedor y putrefacción.

De repente, la náusea, la preocupación y la culpa se apoderaron de mi vientre y vomité todo lo que llevaba dentro. Me tiré al piso de rodillas y sentí la alfombra mojada, mugrienta. Entonces me levanté y me dirigí hasta el armario para buscar con qué limpiarme. Cuando lo abrí, mi primer instinto fue gritar, pero no pude. Me quedé muda de pies a cabeza. Sólo pude verlo. ¡Verlos! Ellos también me miraban. Ramón, sin reproche, sin amor, sin entusiasmo; su pez, sin agresión, sin miedo. Ramón se encontraba metido en una pecera. Aunque cabía perfectamente en aquel cubo de vidrio, tenía las piernas dobladas, rodeadas por sus brazos. Su pecera estaba sucia, sin agua (como la había visto aquel día en su cuarto) y de alguna forma la había añadido a la otra pecera, a la gigantesca, a la pecera de su Arapaima, la que ahora ocupaba ambas habitaciones, la que ahora era ambos cuartos. Ramón estaba allí mirándome, de espaldas a su pez. El pez de Ramón también me miraba.

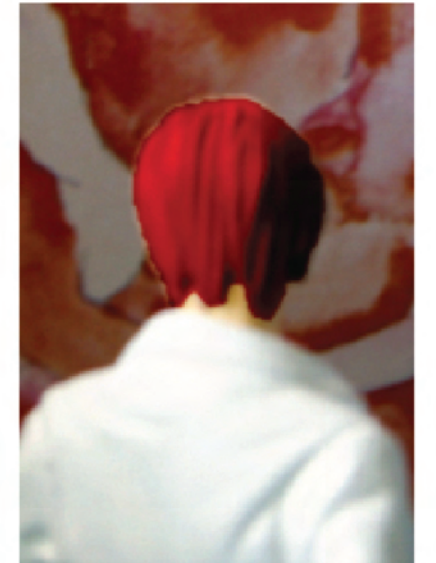
El doctor Traurik debió apresurarse para recibir a la paciente que ingresaba a terapia intensiva, intento de suicidio – le avisaron – una chica de 15 años que en lugar de acostarse a dormir se había tragado todas las tabletas para la depresión de su madre y las píldoras somníferas de su padre, y que apenas comenzó a sentirse mal les alarmó pidiendo auxilio.

El doctor Traurik ahora tenía que meterle una sonda hasta el estómago y someterla de inmediato a un lavado con abundante suero, para tratar de purgar el venenoso cóctel. Además debería ocuparse de los tests sanguíneos, aparte de pasar a su lado el resto de la noche prestando atención a cualquier signo de agravamiento. Estaba molesto, pensó que la chica bien podría haber intentado matarse más temprano. El reloj de la sala de ingresos ya marcaba las cuatro de la madrugada y todo el peso del sueño interrumpido se agolpaba en su cabeza.

-¡Eso no se hace! –reprochó a la chica, una enfermera que con movimientos diestros le adhería al pecho los electrodos de monitoreo. –¡La vida es un regalo de Dios y nadie tira un regalo por la ventana! –le espetó con voz severa mientras evaluaba el colorido trazado que comenzaba a transcurrir por la pantalla del monitor.

La atemorizada paciente, entregada por completo a las maniobras clínicas asintió con mirada triste, sin esperar comprensión, como pidiendo ayuda.

- Tiene razón la enfermera, – pensó el doctor Traurik seleccionando una sonda desde la mesa de procedimientos – eso no se hace.



Eliah Germani es chileno y médico de profesión. Su volumen de cuentos *Volver a Berlín* (Santiago, RIL, 2008) recibió el Premio Nacional del Consejo del Libro y la Lectura de Chile.